

los acontecimientos de la vida humana: que este término lo buscó él por sí mismo por no tener límites su extraordinaria ambicion. Y en verdad que los que así discurren no van fuera de camino. Pero tú, desventurado Gil Blas, ¿qué razon ó motivo habrás dado por tu parte para verte reducido á la mendicidad, siendo tan dichoso y afortunado muy poco antes? Segun los que no reconocen la fortuna para nada, tus veinte mil pesos de la lotería consistieron en hallarse los números predispuestos para sacar tú el primer premio, en el lugar de otro cualquiera adonde pudiera ir. La pérdida de tu casa, en la malignidad de don Faustino: y la infausta sentencia de tu pleito en la de tu abogado, y demas chusma de la curia. Medita pues sobre si los males y los bienes de este mundo consisten en las acciones de los hombres; y puesto que tus tios te aconsejaron viajar para conocer los hombres y el mundo, aplícate á este estudio, y serás con el tiempo tal vez un hombre de provecho.

CAPÍTULO III.

Entra Gil Blas á servir á uno de la camarilla del rey.—
Razon de los medios seguros de lograr empleos.—
Prision de Gil Blas.—Sesion de un R. P. M. con su
agente de negocios.—Apurada situacion de Gil Blas.

Despojado de su casa Gil Blas, fue su primer cuidado volverse á su primitivo alojamiento, pareciéndole que aquellos amos, que ya le conocian, le podrian sostener por algunos dias, ínterin mejoraba de suerte. La melancolía y la afliccion se apoderaban de él por algunos momentos. El golpe habia sido terrible, y el mayor de todos era el haber concluido con todo su caudal por el maldito pleito. Bien le ocurrió escribir otra segunda carta á su buena ama de san Sebastian. No dudaba de ser socorrido por ella á vuelta de correo por alguna letra pagadera á la vista, pero su ama habia sido ya demasiado generosa para con él, y Gil Blas era bastante pundonoroso para no abusar de tanta generosidad. Tambien estaba seguro de ser socorrido por sus buenos amos de Marsella, pero esto seria

como comprometerse á su enlace con la Eugenia, á lo cual no podia resolverse aun, cuando acababa de desechar una hija de un marques. Se resolvió pues á esperar la suerte, que tan varia habia sido con él despues de haber salido de la casa de sus tios con solos cuarenta ducados. Como el diario de Madrid anunciaba la colocacion de algunos criados, determinó leerle todos los dias, y en uno de ellos vió que se buscaba un ayuda de cámara, que supiese leer, escribir y contar. Estudió bien las señas del anuncio, y se fue á pretender aquella plaza de sirviente el que habia sido un propietario en la corte con veinte mil reales de renta sobre una buena finca. Preguntó por el dueño de la casa, y al punto entraron en ajuste sobre el salario y servicio de Gil Blas. Estaba reducido este servicio á cuidar la ropa y vestidos de su amo, algunos recados, y acompañarle á palacio al ir, y al venir su nuevo señor. Su salario estaba reducido á cuatro reales diarios, sin algunas propinas de consideracion.

—Un intendente que habia sido de ejército, llamado Argüelles, era el nuevo amo que la suerte preparaba á Gil Blas por entonces. Gil Blas habia corrido algo el mundo, pero su nuevo amo tenia mas mundo que él. A pocos dias supo Gil Blas que el señor Argüelles era natu-

ral de Asturias, en donde era conocido con el nombre de *Duende*. Efectivamente no se ocultaba el amo de su ayuda de cámara para darse á conocer por tal, porque le contaba toda su vida y milagros, y efectivamente tan pronto se le veia como *Duende*, haciendo un brillante papel, y tan pronto abatido y despojado de su aparente brillantez. Era sobremanera intrépido, y jamás se abatía por los mayores reveses de la suerte. Habia sido tesorero de rentas en la ciudad de Oviedo, y malas lenguas quisieron decir que por sus mañosas artes le habian quitado la tesorería. Entonces, como siempre acontece contra el que está caído, murmuraron las gentes del tesorero y de su tesorería; pero á muy pocos dias le dieron el nombramiento de la administracion de todas las reales rentas de aque-
 principado, y los mismos que antes le denigraban, eran los que mas le ensalzaban despues que le vieron señor administrador. El que antes habia de tal era el señor Centi, hombre de bien á toda prueba, con muchos y buenos años de servicio. Pero esto no era lo bastante en aquella época, como tampoco en las posteriores para no ser echado á la calle, sin otra razon que la de poner otro en su lugar. Posteriormente el tal Duende consiguió por las Córtes de Cádiz ser nombrado, nada menos que un intendente de

ejército. Si con este destino llegó á ser un pobre necesitado, no se le conocía en el porte de su casa y persona, y mucho menos cuando llegó á ser de la camarilla ó reservada tertulia del rey. Era íntimo amigo de un tal Chamorro, y como si los nombres de *Duende* y *Chamorro* tuviesen entre sí algun parentesco, efectivamente se querian y trataban los dos, como si fuesen parientes. El uno y el otro eran festivos y jocosos á cual mas, y no podia menos de ser entretenida la concurrencia donde los dos estaban.

Era á la sazón muy favorito del señor don Fernando VII, el señor ministro de la guerra Campo Sagrado, hombre fino, culto, de nobles sentimientos, como educado y criado en palacio casi al frente de los reyes. El soberano le habia dado pruebas del mayor aprecio en los tres años en que le tuvo á su lado como su predilecto ministro. Algun dia le distinguió con el alto honor de ir con la reina á almorzar á su misma casa. Este buen señor Campo Sagrado conocia por demas al señor Duende, y habiendo hablado al rey de todas sus buenas prendas, alguna noche en la reservada tertulia lo manifestó Fernando VII á sus confidentes. Era pues de necesidad ó la caída del Duende, ó la del privado ministro! ¡Pero derribar un ministro primado de tres años, y tan querido del rey!

Solo el pensarlo debia tenerse por delirio! ¡Pero y las astucias de Chamorro! ¡y las maquinaciones de todo un Duende! Oh reyes! no sois mas que hombres como todos los demas, espuestos á la seducción, al engaño, y al error.

El hecho fue, que yendo un dia dicho señor Campo Sagrado á su despacho del ministerio de la Guerra, un miserable portero le dice al entrar ¿á donde camina V. E.? ¿Cómo esa pregunta á mí? replico el ministro. *Atrás*, repuso el portero, *porque ya otro señor ocupa su lugar*. Este inesperado golpe para un hombre de pundonor como lo era aquel ministro, fue lo suficiente para ocasionarle una gran enfermedad. Efectivamente lo compusieron de tal manera que no recibió dicho oficio el ex-ministro hasta cuatro horas despues de haberse vuelto á su casa. No se ha sabido de qué manera pudieron haberle calumniado, para obligar al soberano á separar de su lado á un favorito suyo por el espacio de tres años. Cuán difícil es saber gobernar un reino. Cuando los ministros no sorprenden al Monarca, sus mismos tertuliantes le comprometen, y quiera Dios, que los unos y los otros no lo hagan á un tiempo cada uno por su lado. Tambien los ministros son sorprendidos y engañados por los jefes de sus secretarías; y lo son

tambien estos jefes por los oficiales de los negociados que los presentan al despacho en la forma en que les conviene vestir el expediente. De aquí las injusticias en los empleos y en los empleados, removiendolos sin causa á los unos para colocar sin mérito á los otros. ¿Y cómo podrá remediar esto el soberano? ¿Ha de estudiar por sí mismo todos los expedientes y todos los negocios del Estado? Esto es un imposible. Luego imposible será tambien un gobierno sin vicios y sin imperfecciones. No obstante, los hombres lo buscan y lo quieren á toda costa. Para conseguirlo forman sus planes, y bien sea por una revolucion la mas sangrienta, ó de cualquiera otra manera, llegan á conseguir la mudanza de un gobierno que en otra forma les parece mas perfecta. ¿Pero evitaron con esto los vicios y los defectos del gobierno anterior? La experiencia ha demostrado ser muchos mas y mayores los que sobrevienen despues. ¿Oh miserable condicion de la humanidad! Desearás siempre lo mas perfecto y lo mejor; pero nunca harás cosa alguna que no lleve el sello de la imperfeccion.

Continuó Gil Blas en el servicio de su nuevo amo llevándolo y trayendo esquelas del Duende para Chamorro, y de Chamorro para el Duende. Los dos se ocupaban á porfia en imaginar

cuentos y gracejos con que entretener al soberano, y en efecto se decia generalmente que Fernando VII estaba muy entretenido y divertido con ellos. En esto no podia haber inconveniente, y no hay, á la verdad, una razon para que los reyes carezcan de todas aquellas inocentes diversiones de que gozan todos los demas; pero hay esta gran diferencia entre los reyes y los demas hombres. Cuando los que frecuentan el trato y la tertulia de una casa particular son gente maligna y de dañada intencion, todo el mal que pueden hacer, no puede ser trascendental á todo un reino; pero cuando se introduce en los palacios de los reyes, ninguno de los gobernados puede estar seguro de un presidio, ó tal vez de una horca. Bien pronto conoció Gil Blas la clase de personas que hacian la reservada corte al soberano. Habia tenido bastante tiempo de observar las buenas costumbres de su nuevo amo y las de su buen amigo, y llegó tambien á conocer las de sus compañeros. Entonces se acordó del coronel francés, y dijo para consigo. No es menester buscar en los extranjeros la relajacion: tambien entre nosotros se puede abrir cátedra para enseñar el vicio.

Perseveró sin embargo por algunas semanas en el servicio de la estafalaria vida y costum-

bres de su nuevo amo, pero siempre con la idea de buscar otro mejor si la suerte se lo preparaba. El no tenia la menor queja de su Duende en orden al buen trato y atenciones para con él. Algunas propinas le habia dado ya de un crecido valor: pero no le acomodaba á Gil Blas ganarlas de aquella manera, por mas desprendido y generoso que fuese su amo en ciertas ocasiones. Le repugnaba sobremanera hacer el oficio de alcahuete, y no sabia el tonto que sin este discreto servicio no era posible hallar ningun amo en la corte. Alguno de los demas sirvientes de otras casas particulares le hubiera dicho ya, que lo mas dificil en este empleo era servir al amo de la casa sin que lo entendiese su señora, y á la señora sin que lo percibiese su marido; pero que era este un oficio que se aprendia, como todos los demas, con la práctica. Le habian asegurado tambien que el que desempeñaba con habilidad esta obligacion, ganaba triple salario que los demas criados, y era buscado con esmero por las casas de los grandes. Nada de esto quiso creer, pareciéndole como imposible tanta relajacion en donde se predicaban tantos sermones y en donde se decian tantas misas y se celebraban los divinos oficios con tanta celebridad. Sin embargo, la esperiencia se lo fue acreditando con el tiempo, y desde entonces

comprendió que para conocer el mundo y los hombres, era lo suficiente vivir en la corte de Madrid.

Halláudose en su habitacion cierto dia en que su amo se habia ido sin él á Palacio, le dieron recado de que preguntaba por él y deseaba hablarle un jóven que se habia quedado á la entrada de la casa. Salió al punto Gil Blas á verse con él, y al oido le dió el siguiente recado: Vengo de parte de la señorita Clementina á decir á Vd. se acerque ahora mismo á su casa, si su amo de Vd. ha salido ya. Digala Vd. que voy á vestirme inmediatamente y que en seguida voy allá. Era esta señorita una jóven de veinte años, con su casa ricamente aderezada, y la correspondiente servidumbre de criados y criadas. El señor Argüelles la visitaba con frecuencia cuando Gil Blas entró á servirle, y por cierto que su primera ocupacion en los primeros dias era la de portear los billetes y esquilas de la una para la otra parte. El amo de Gil Blas se habia cansado de ella, y la habia cambiado por otra. Partió Gil Blas á la casa de Clementina, y cuando esta le tuvo en su presencia le dijo: Ya sé, amigo, á dónde llevas ahora los billetes que antes me traías á mí, pero en esto no te culpo, ni tampoco lo siento por tu amo, porque otro de mas mérito que él, y mas

rico tambien, ocupa su lugar. Para otra cosa muy diferente he mandado llamarte. Ya te conozco y espero que no me desairarás en esta fineza que quiero hacerte. El decir esto, y coger la mauo derecha de Gil Blas, y ponerle en un dedo una rica sortija, fue todo á un tiempo. Entonces le añadió: Mira no te engañen si la vendes, porque las piedras de diamantes están tasadas en veinte y cinco doblones, y otros ciento te prometo desde ahora, si se logra mi pretension. A este tiempo dió un gran memorial á Gil Blas acompañado de varios documentos justificativos y le dijo:—Cuidado, Gil Blas, que en esta misma noche ha de presentarlo tu amo al rey, antes que otro se nos anticipe, porque andan moros á la costa. El pretendiente es un canónigo americano que lleva ya predicados ochocientos treinta y cinco sermones segun lo acredita por los documentos que acompañan al memorial. Dirás á tu amo que ya están depositados doce mil pesos en dondè sabe se hacen los demas depósitos. No pretende sino la mitra de su obispado que se halla vacante, y se le debe de justicia; pero conviene no descuidarnos, porque se presume con fundamento que hay varios pretendientes. Añadirás á tu amo, que ya me conoce, y le consta que no le he engañado en otras ocasiones semejantes. Por úl-

timo, que si pone alguna duda, se venga á ver conmigo, y le llevaré á donde le aseguren los doce mil pesos si el canónigo sale obispo.

Ofreció Gil Blas entregar el memorial á su amo apenas entrase en casa, y ademas suplicarle encarecidamente que visitase á la señorita Clementina antes de ir á Palacio, y se despidió de aquella hermosa de los veinte años. Iba Gil Blas por las calles de Madrid diciendo para consigo: ¡Una sortija de veinte y cinco doblones, y cien doblones mas por hacer obispo á un canónigo! Esto no es desempeñar el oficio de tercero. Llegó á su casa con estos raciocinios, y cuando entró su amo en ella cumplió exactamente con el encargo de Clementina. El depósito de los doce mil pesos alarmó al señor Duende por los pies, que puso al punto en movimiento para ir á verse con su pretérita querida. Esta le recibió como si aun lo fuera, y le dijo:—Ya sé que no viene Vd. por mí, sino por los doce mil pesos. Venga Vd. conmigo á recoger la garantía, y trabaje Vd. antes que otro sea tal vez mas activo, y nos gane por la mano como suele decirse. Hízose todo así, y al salir de la casa del depositario se dejó decir el señor Argüelles á su pretérita—Vamos, Clementina, la verdad; este negocio te vale á tí otros doce mil pesos, ¿no es verdad?—Vd. recoja los suyos al

concluirse el negocio, repártalos con su nueva Adonis, y deje Vd. á Clementina gobernarse como pueda. No hubo mas sobre este asunto que llevar á los tres dias el señor Duende el nombramiento de la mitra al de los ochocientos treinta y cinco sermones, y recoger del depósito los ofrecidos doce mil. Luego que Gil Blas lo supo, acudió prontamente á recoger tambien su oferta, y la hermosa Clementina se la entregó religiosamente porque sabia cumplir las palabras que daba, aunque fuese á costa de su misma persona.

Oh fortuna! ¡Y cuán voltaria eres en tus caprichosos decretos, decia Gil Blas para consigo! Seiscientos y veinte y cinco doblones entre mi dinero y mi sortija! Esto ya no es estar á pupilaje en una posada, y sin un cuarto. Tengo además en ahorro todo mi salario, y algunas propinas de consideracion. Este señor amo que me ha preparado la suerte, bien podrá ser todo lo que me han dicho de él, pero es lo cierto, que él es de la reservada tertulia del rey. Si le sirvo bien, le será muy fácil colocarme en un buen empleo. ¿Y á dónde ire yo que encuentre mayores ventajas? Dejémonos ir por ahora con la suerte, y no busquemos en otra parte tal vez la pérdida de mi nuevo caudal, si tropiezo con otro don Faustino, ó con otro abogado

de los que enseñan las leyes á los jueces.

Sucedió pues á muy pocos dias del nombramiento de la mitra para el canónigo, que un R. P. M. solicitaba tambien este regular destino para la América. Habia tenido noticia de la vacante, y su agente de negocios no le habia exigido sino ocho mil pesos para conseguirlo. El reverendo padre se los habia entregado confidencialmente, por cuanto en otras ocasiones le habia hecho prior de algunos prioratos por el mismo medio. Cuando supo el nombramiento de la mitra en el canónigo predicador, no comió ni tomó chocolate en todo aquel día. Acudió á su agente transformado en una sierpe, para insultarle y recobrar de él los ocho mil pesos. ¡Recobrar de un agente de negocios el dinero que entra en su poder! Ya, ya, ya es negocio que no puede concluir aunque sea el mas reverendo padre. Es peor negocio aun que las dos escrituras de venta de la casa de don Faustino. En fin el P. M. se avocó con su agente y le dice:—Con que he perdido mi mitra? —Amigo sí, respondió el agente. V. Rma. no ofreció sino ocho mil pesos, y se la llevó otro por doce mil. Si yo hubiera tenido órden para pujar, no me la hubieran jugado, porque á donde fueron los doce mil hubiera yo llevado catorce mil pesos, y era negocio seguro no ha-

biendo quien diese mas.—Muy bien, pues tenga Vd. la bondad, dijo el P., de volverme mi dinero.—¡Jesus qué boberíal repuso el agente. ¿Y queria V. Paternidad perder la otra mitra que va á vacar en la América del norte? A la salida del correo de allí, ya quedaba con la uncion el obispo.—Pero mientras tanto llega la noticia positiva de la muerte, dijo el P., tendré yo el dinero, porque somos mortales, y despues se lo devolveré.—Pues qué! repuso el agente, ¿no estará el dinero tan seguro en mi poder como el de V. P.? ¿O es que forma alguna desconfianza de mí? Ademas, hay entre los dos cuentas de varios años:—Pero no se incomode V. P., que el que le sacó prior por tres veces, no halla dificultad en sacarle obispo por una vez. Oh! á mí una sola vez me basta. Con tal que Vd. me cumpla esa palabra, estamos corrientes.—Por cumplida, repuso el agente. A los ocho dias de la llegada del correo con la muerte del obispo, espero dar á V. P. el tratamiento de *Illma.*

Hirió de tal suerte el corazon del P. M. el tratamiento de *ilustrísima* que desistió ya de reclamar su dinero temiéndose perder por esto la mitra, que no estaba vacante aun. Pero no pudo acomodarse á sufrir que un canónigo sermoneero le soprase la que él ya contaba por suya. Se propuso pues indagar de donde habian sa-

lido los doce mil pesos, por qué manos habian pasado, y á dónde habian ido á parar. Lo que no consiga un fraile no lo emprenda otro ninguno. A fuerza de sus indagaciones, averiguó el conducto de Clementina, y la fué á visitar. Al verle ésta en su propia casa consintió en que se le presentaba otra ocasion igual ó mayor que la anterior y le dice:—V. Paternidad es muy acreedor á una silla episcopal. Otros con menos mérito la logran, pero ya se entiende por qué medios. Acaba de darse una mitra en la América del Sur por solos 12,000 pesos que es casi de valde.—¿Y no me dirá Vd., señorita, por qué conducto se hizo este milagro?—Sí señor. Un tal Gil Blas de Santillana, es ayuda de cámara del señor Argüelles, titulado el Duende. Este es íntimo amigo de otro que llaman por sobrenombre Chamorro. Estos dos amigos son de la camarilla ó de la tertulia reservada del rey. Si V. P. quiere depositar 24,000 pesos donde yo le diga, tendrá V. P. el primer obispado que llegue á vacar en la América. Por pequeño que sea no bajará su renta de tres millones de reales. Con que no viene á dar V. P. la sesta parte de una anualidad. De esta manera yo le ofrezco á V. P. una mitra de media vara de alto, como se la he dado á un señor canónigo que no habia predicado

sino 835 sermones.—Si por sermones fuera, dijo el P. M., no digo yo 800, sino 8000 predicaria yo.—Pues si V. P. quiere predicarlos en su obispado, repuso Clementina, haga el depósito de los 24,000, y será V. P. tan mitrado como el canónigo, ó tal vez algo mas.

Se despidió el P. M. de la Clementina ofreciéndola volver por allí, pero no con el ánimo de darle los 24,000, puesto que por 8,000 habia consentido en mitrarse segun le habia ofrecido su agente, y no debia despreciar el exceso que habia de 16,000 pesos. El no dudaba de la palabra de su agente por haberle dado ya tres prioratos, pero no pudo sufrir que el canónigo sermonero le soplase la consabida mitra por aquellos medios, y juró vengarse. Discurrió pues el modo de conseguir una audiencia reservada con S. M. y lo consiguió. En ella descubrió al rey, que el señor Duende y el señor Chamorro vendian las piezas eclesiásticas casi á pública subasta por medio de un Gil Blas de Santillana, ayuda de cámara del Duende, y de una señorita llamada Clementina. Al punto espidió el rey el decreto de prision contra los denunciados. Los señores Chamorro y Duende no pudieron ser habidos, pero al pobre Gil Blas lo hallaron en casa, y me lo soplaron en la cárcel.

Oh fortuna! decia Gil Blas. Si con los demas hombres obras como conmigo, no pueden llamarte fortuna, sino una inseparable compañera de la desgracia. Mi sueldo, mi sortija, y mis cien doblones solo podrán servirme para salir de esta prision, y quiera Dios. En efecto apenas entró en la cárcel Gil Blas, cuando se dirigió á él uno de los empleados en aquella honrada casa, y le dijo:—Ya sabemos aquí que Vd. está inocente, y que por una vil delacion se halla Vd. preso, pero no se aflija Vd., que aquí han entrado muchos, y han salido con mas bonor del que tenian. Aquí conocemos un abogado que si toma de su cuenta un reo, ya saben los jueces que tienen que absolverle sin remedio. El no sabe muchas leyes, pero tiene tal suerte que no pierde una defensa. Como se hace este milagro, solo lo saben los jueces y él. La dificultad está en que este abogado quiera encargarse de la defensa de Vd.; pero si él lo toma de su cuenta, muy pronto se pasea Vd. por las calles de Madrid. Si quiere Vd. que vaya á verme con él de su parte, le enteraré de lo que Vd. me diga, y volveré con la respuesta. En efecto volvió el encargado diciéndole que por cien doblones estaria en la calle Gil Blas dentro de pocos dias.

¿De qué me sirve á mí el dinero, decia San-
Tomo II

tillana, metido en una prision? Bien poco trabajo me ha costado el ganarlo; pues dejemos al abogado y al juez que me han de sentenciar que lo ganen tambien casi de valde. El hecho fué, que este abogado que no entendia las leyes, habia estudiado una sola ley por la cual sacó de la prision á Gil Blas en muy pocos dias. El valor de la sortija, y el ahorro de su salario quedó sepultado tambien entre el carcelero, alguaciles, y demas chusma de este sepulcro de hombres vivos.

Libre Gil Blas de la prision, pero sin dinero, fue su primer cuidado preguntar por su amo, pero no pudo hallar la menor noticia de su paradero. En este estado se dirigió á su primitivo alojamiento, cuyos dueños le conocieron por hombre de bien, ya cuando pobre y ya cuando rico. Al siguiente dia se propuso ir á visitar á la señorita Clementina, pero halló la casa embargada, cerrada y sellada la puerta por la justicia. Al dar la vuelta para su casa vió en la calle al jóven que le habia ido á buscar de parte de aquella señorita.—¿Y la Clementina? le preguntó Gil Blas.—Ya hemos recibido carta suya desde Lisboa, le respondió. Un pícaro de un fraile la sacó de Madrid y lo mismo á los señores Duende y Chamorro.—Pues este fraile, á lo que oigo, fue el mismo

que me envió á mí á la cárcel de donde acabo de salir.

Efectivamente era el P. M. el que habia hecho este milagro, para que no le jugasen otra pieza aquellos tunantes como la que le habian jugado con el canónigo de los sermones. Creyendo el P. que, dado este paso, habia quitado estorbos para la futura vacante, se fue á contárselo á su agente, y le dijo:—Ahora ya podemos estar seguros cuando llegue el correo con la noticia de la muerte del obispo oleado y ungido. He tenido una audiencia reservada con S. M. y le dije, que los señores Duende y Chamorro vendian los empleos casi á pública subasta. El rey dió al punto el decreto de prision, pero ellos lo supieron, y creo que á estas horas estén fuera de España.

—Por vida de..... exclamó el agente: ¿Y qué es lo que V. P. ha hecho? Pues si ya me habian dado palabra esos señores de la mitra para V. R. por los ocho mil pesos!—Hombre! ¿qué es lo que Vd. me dice? repuso el P. ¿Con qué me he asesinado á mi mismo creyendo quitar estorbos de enmedio? Maldita sea mi suerte, que no se cansa de perseguirme la mitra, que ya debiera estar en mi cabeza hace tiempo.—No se aslija V. R., dijo el agente, que ya veré si por el mismo precio compro al mayor de la

secretaría.—Hombre, repuso el P., si no puede ser por los ocho, ofrezca Vd. diez ó doce, no sea que nos la birlen como la anterior.—Eso sí que no, contestó el agente. Con esos nuevos poderes que me da V. P. no me la pega ya ninguno. Que ofrecen doce; yo trece; que dán catorce; yo quince; que dán la buena pro en diez y seis; yo en diez y ocho.—Poco á poco con tanto pujar, dijo el P., que no alcanza mi bolsa á tantos empujes. ¿Y si perdemos la mitra por una talega mas ó menos?—Eso sí que no, por una talega mas, no se le escape á Vd. Quedaron pues de acuerdo el agente y el P. en esperar el correo americano, y asegurar la pieza.

Dejemos ya al P. y al agente esperando la noticia de la vacante, y vengamos al pobre Gil Blas en su alojamiento sin ningun dinero para pagar su manutencion. Los dueños de la posada ya le habian dicho que por el tiempo de un mes podrian suplir su gasto, pero no por mas tiempo, porque se hallaban atrasados, y no habian tenido huéspedes ricos en el espacio de cuatro meses. Tenia pues Gil Blas un solo mes de término para buscar su vida mejorando de suerte. Esta le habia sido ya tan varia, que no sabia si le correspondia entonces abatirle, ó ensalzarle. Se determinó pues á buscar su

fortuna, conociendo que esta señora debia ser solicitada, y no esperar á que ella solicitase. Y efectivamente la buscó por los medios que se dirán en el libro V, capítulo primero.